

El abad le respondió: «Yo no sé si comprendéis bien lo que pedís, *nescis quid petis*. Sois sacerdote, doctor de la Sorbona y además hombre de calidad; criado en la delicadeza y en el lujo, estais acostumbrado á vivir grandemente y á comer bien; podeis de un momento á otro llegar á ser obispo; vuestro temperamento es sumamente débil, y pedís ser fraile, que es el estado más abyecto de la Iglesia, el más penitente, el más escondido y aun el más despreciado. Tendreis en lo sucesivo que vivir en las lágrimas, en los trabajos, en el retiro, y que estudiar solo á Jesús crucificado. Pensadlo seriamente.» Entonces respondió el abad de Rancé: «Es verdad, soy sacerdote, pero he vivido hasta aquí de un modo indigno de mi carácter; soy doctor, pero no sé el alfabeto del cristianismo: hago algun papel en el mundo, pero he sido como aquellos postes que enseñan los caminos á los viajeros, y que nunca se mueven.» El abad de Prieres se sintió vencido.

En algunas cartas que ha tenido la bondad de comunicarme Mr. Cousin, Rancé hace la historia de los combates que tuvo que sostener en aquella época. Las cuatro primeras alcanzan desde el año 1661 al 1664, y están dirigidas al obispo de Aleth.

«No puedo comprender, dice, cómo he tenido valor para abrazar una profesion que no admite mas que almas llenas de desprendimiento, y cómo, estando mis pasiones tan vivas, me atrevo á entrar en un estado que es verdadera muerte. Ruégoos, señor ilustrísimo, que pidais á Dios mi conversion en una circunstancia que debe decidir de mi eternidad, y que despues de haber violado tantas veces los votos de mi bautismo, me conceda la gracia de cumplir los que le voy á hacer, y que son como una renovacion de aquellos, con tanta fidelidad que repare en algun modo los extravíos de mi vida pasada.»

Rancé escribia á sus amigos el 13 de abril de 1663: «Estoy persuadido de que os sorprenderé cuando sepa la resolucion que he formado de dar el resto de mi vida á la penitencia. Si no me retuviese el peso de mis pecados, muchos siglos de la vida que quiero abrazar no podrian compensar un momento de la que he pasado en el mundo.»

El abad de Prieres se empleó principalmente cerca de la reina madre, para obtener del rey que Rancé pudiese dirigirse conforme á regla su abadía. Concediólo Luis XIV, pero con condicion de que, muerto ese abad regular, la Trapa volveria á ser encomendada. El 20 de mayo de 1663 se despachó la real cédula que se envió á Roma para que la confirmase Su Santidad. Noticioso el obispo de Comminges de que Rancé estaba en Perseigne para empezar su noviciado, fué á verle y le dijo que temia que en su ardor fuese tan lejos que nadie pudiese seguirle. El abad replicó que se moderaria y engañó al obispo:—conversacion entre dos soldados; el uno ha aprendido á medir el peligro, el otro nunca lo ha calculado.

En 1662, Rancé fué á visitar la Trapa y á echar una ojeada sobre la eterna soledad que iba á habitar. Vió los estanques que se retiran y se elevan subiendo el antiguo bosque del Perche, y de los cuales faltan ya muchos: vió aquellas grandes hojas solitarias que flotaban sobre las aguas como un pavimento, y por entre las cuales hacian oír las aves acuáticas algunos gritos, y titubeó entre aquel profundo retiro y su priorato de Bolonia, que le agradaba, porque estaba situado en unos bosques bastante cercanos al mar; pero al cabo se decidió por la Trapa, á causa de cierta secreta afinidad entre las soledades de la religion y las soledades de su tiempo pasado.

En aquellos dias Rancé escribia al obispo de Aleth: «Como las cosas que dejo y mi separacion de los cuidados exteriores son las menores ligaduras de mi vida; como no puedo deshacerme de mí mismo, pues donde quiera me hallo tan miserable como siem-

prelo he sido, os suplico que pidais á Dios mi conversion.»

El obispo de Aleth, como ya hemos visto, no era un guia seguro. En la confusion de las doctrinas de la época, el amigo en cuyo brazo se apoyaba uno, tomaba al primer recodo otro camino y le dejaba á uno plantado.

Conociendo Rancé que estaba rodeado de compañeros tibios, tomó una firme resolucion: salió de las filas, rompió la línea; desertó de un ejército que no le seguía y se fue derecho de París á Perseigne á aprender la nueva profesion que se habia propuesto abrazar. El abad de Perseigne lo recibió con alegría, pero temblando. Al cabo de cinco meses de noviciado, se declaró en Rancé una enfermedad de que habla en sus cartas; enfermedad tanto más peligrosa cuanto por mucho tiempo habia estado disimulada. Los médicos le desahucaron si no abandonaba la vida monástica: el abad se obstinó, se hizo llevar á la Trapa y sanó. De vuelta á Perseigne escribió al obispo de Aleth: «Ya está á punto de terminar el tiempo de mis pruebas, y sin embargo, mi corazón sigue lleno de miserias.»

Entonces dijo un adios general al mundo. De una nueva carrera se lanzó en seguimiento del Hijo de Dios, y no se paró hasta el pie de la cruz.

Durante su noviciado lo emplearon útilmente para su Orden. La reforma se habia establecido en el monasterio de Champaña: los frailes resistian, y la nobleza apoyaba á los frailes. Este momento de peligro interrumpió el noviciado de Rancé, que tuvo que acudir al socorro de la Estrecha Observancia. Veinte y cinco caballeros conducidos por el marqués de Vassé, bajo pretexto de una partida de caza, se presentaron en una abadía con ánimo de expulsar al partido de los reformados, cuando llegó Rancé, y preguntándoles qué querian. Vassé, que le reconoció al instante y que le debía antiguos favores, se llegó á él, le abrazó, y consintió en dejar en paz á los religiosos.

Cuando volvió á Perseigne, el prior habló de enviarle á Turena, pues aun duraba su noviciado; pero el postulante se rehusó á ello, diciendo que aquel viaje le exponia á peligros.

Dos veces emplea esta palabra el historiador sin comprenderla; la explicacion es que la quinta de Veretz, aunque vendida, estaba en el camino; los peligros que amenazaban á Rancé eran sus recuerdos. Admirado de la resistencia, el prior escribió al abad de Prieres que el nuevo fraile le parecia un hombre muy apegado á su opinion. El abad de Prieres quiso hablar á Rancé, pero este le ganó por la mano yendo á verle á cuatro leguas de París: el grande conspirador de la soledad le encantó, porque el abad Le Bouthillier tenia delicadezas difíciles de distinguir de la verdadera humildad: un relámpago de la vida pasada del hombre del mundo penetraba en las asperezas de la Fe.

Antes de pronunciar sus votos en Perseigne, Rancé volvió á la Trapa, donde leyó su testamento, por el cual daba á su monasterio todo lo que le quedaba. En él se acusa de haber sido, por su incuria, causa de un gran número de malversaciones; declara que habla sin exageracion, sin exceso; protesta que su confesion es tan sincera cual si estuviese ante el tribunal de Jesucristo, y abandona á sus hermanos todos sus muebles, y particularmente sus libros. «Si por sucesos que no puedo prever, dice, acabase la reforma en la Trapa, doy mi biblioteca al hospital de París para que se venda en beneficio de los pobres y de los enfermos.»

Parece que Rancé tenia un presentimiento de las desgracias que siglo y medio despues cayeron sobre su abadía. Dejó su biblioteca á sus religiosos, ¡el que no queria que ningun fraile se ocupase en estudios!

Aquí se ve por última vez á madama de Montbazon,

astro de la tarde, hermoso y funesto, que va á desaparecer para siempre bajo el horizonte. Segun dice fray Gervaise, Rancé tenia muchas cartas y dos retratos de aquella mujer: el uno la representaba cual estaba el dia de su boda, y el otro como estaba en el momento en que quedó viuda: estos secretos de amor estaban confiados á la custodia de la religion; la madre Luisa tenia para vigilar aquellos depósitos la debilidad y la fuerza necesarias, la indulgencia de una mujer que ha pecado y el valor de una mujer que se arrepiente. La mañana misma de sus votos, Rancé escribió á Tours mandando quemar las cartas y enviar los retratos á M. de Soubise, hijo de madama de Montbazon. Romper con las cosas reales es nada, pero ¡con los recuerdos! El corazón se parte al separarse de los sueños, tan poca realidad hay en el hombre.

Otra carta escrita á la madre Luisa el 14 de Junio de 1664, dice estas palabras: «Espero con humilde paciencia el feliz instante que debe inmolarme para siempre á la justicia de Dios: empleo todos mis momentos en prepararme á esta grande accion. Nada temo ya sin que el olor de mi sacrificio no sea grato á Dios; porque no basta darse, pues bien sabeis que no bajó el fuego del cielo sobre el sacrificio de aquel desgraciado que ofrecia á Dios víctimas que no le eran gratas.»

Nunca se ha parado la atencion en esta queja, que sale del corazón de Rancé como de aquellas cavidades armoniosas de las montañas que repiten el mismo sonido, esta queja no indica su objeto, antes se confunde con las acusaciones que el doliente dirige á la vida. Resuelto á sepultarse en la Trapa, Rancé hizo un viaje á su priorato de Bolonia porque estaba en medio de los bosques y porque desde él se descubria el mar, última imagen del mundo; luego se dirigió á la Trapa para sepultarse en medio de aquellos jardines solitarios, como antiguamente los soberanos de Babilonia.

Llegaron al fin los despachos de la corte de Roma para regularizar la abadía de la Trapa. Rancé hubiera querido regenerarse con Fr. Bernier, antiguo religioso de la Trapa, hombre de mala vida hasta entonces y movido al fin por la gracia; pero Fr. Bernier no estuvo pronto hasta cuatro meses despues. El 26 de junio de 1664 hizo profesion Rancé en manos de Fr. Miguel de Guiton, comisario del abad de Prieres, vicario general, con otros dos novicios, uno de los cuales llamado Antonio, habia sido criado de Rancé; de servidor que era, Antonio llegó á ser el igual de su amo en los allanamientos del Cielo. Cuatro dias despues, Pedro Felióben tomó, en nombre del abad de Rancé, posesion de la abadía de la Trapa, en calidad de abad regular. Rancé recibió la bendicion abacial de manos del obispo irlandés de Arda, asistido por el abad de San Martin de Seez. Al dia siguiente pasó el abad de la Trapa á su monasterio, y sin embargo escribia á uno de sus amigos: «Mi disposicion no es mas que una pura resignacion á la Providencia. Rogad á Dios por mí.»

Esta primera residencia de Rancé en la Trapa, no fue larga. Por todas partes hacia restaurar la abadía, pero mientras daba nuevos reglamentos para el coro y la oracion, y mientras aceleraban sus trabajos los carpinteros y los albañiles, fue llamado á París á la asamblea general de las comunidades regularizadas. Aquel jóven, antes tan dependiente de la opinion del mundo, acudió al sitio de la reunion en una carreta como un mendigo, afectacion de que no pudo eximir su vida. La asamblea lo nombró para ir á Roma á abogar por la causa de la reforma. Antes de su partida, se chocó con el cardenal de Reiz, que se habia adelantado hasta Commercy; luego Rancé volvió por algunos dias á la Trapa, donde se ocupaba como el más humilde de los hermanos, diciendo: «Somos menos pecadores que los primeros religiosos del Cister? ¿Tenemos menos necesidad de penitencia?» Hacianle presente,

que siendo más débiles, no podian ya los hermanos practicar las mismas austeridades. «Decid, respondia, que tenemos menos celo.» Por unánime consentimiento los religiosos se privaron del uso del vino y del pescado, y de allí á poco del de la carne y los huevos. Introdújose entre ellos un modo decoroso de hablar y de tratarse recíprocamente, respetando en sí mismos al hombre rescatado, si despreciaban al hombre caído.

En la distribucion del trabajo, le tocó á Rancé una porcion de un terreno inculto: al primer golpe de la azada, encontró un objeto duro; era un monton de antiguas monedas de oro de Inglaterra; sesenta habia del valor cada una de siete francos: rara disposicion de la Providencia para ayudar á Rancé á hacer su viaje. Convocado que hubo á sus frailes, se despidió de ellos. «Apenas tengo tiempo, les dijo, para recordaros estas palabras de San Bernardo: *Hijo mio, si supieras cuáles son las obligaciones de un fraile, no comerias un bocado de pan sin regarlo con tus lágrimas.*» Luego añadió: «Ruego á Dios que tenga compasion de vosotros como de mí, y que si nos separa en el tiempo, nos reuna en la eternidad.»

Los religiosos se prosternaron para pedir á Dios la conservacion de su abad.

El nuevo Tobías partió por Ninive, no para casarse con la hija de Raquel, porque la hija de Raquel ya no existia. El viajero que acompañaba á Rancé no era Rafael, sino el espíritu de la penitencia; este espíritu no se ponía en camino para reclamar dinero, sino miseria. Al que va errante por el campo de las santas é imperecederas Escrituras donde faltan la medida y el tiempo, solo le llama la atencion el ruido de la caída de algo que se precipita en la eternidad.

El grande expiator encontró en Chalons-Sur-Saone al abad del Vall Richer, designado para ser su compañero de viaje. En Lyon besó la urna que encerraba el corazón de S. Francisco de Sales: cruzó los Alpes, y llegó á Turin, donde no vió el Santo Sudario. En Milan llamó su atencion el sepulcro de San Carlos Borromeo: ¡Felices los muertos cuando son santos! en el cielo epcuentran su mañana. Santa Catalina en Bolonia atrajo la veneracion de Rancé; estas eran las antigüedades que él buscaba, pues hacia consistir su arrepentimiento en no ver nada: sus ojos estan en cerrados á aquellas ruinas de las que el abate de La Mennais nos hace una pintura admirable: «Soberbios palacios dice, se degradan de año en año, ostentando todavia por sus ventanas abiertas á la lluvia y á todos vientos, los vestigios de un fausto de que no hay memoria en nuestras mezquinas construcciones modernas de un lujo grandioso y delicado, cuyas maravillas realizaron á porfia las diversas artes. La naturaleza, que nunca envejece, se apodera poco á poco de aquellas suntuosas villas, obras altaneras del hombre y frágiles como él. Nosotros hemos visto á las palomas hacer su nido en las cornisas de una sala pintada por Rafael, al silvestre cabra-higo meter sus raices en los rotos mármoles, y al liquen cubrirlos con sus anchas chapas verdes y blancas.»

En Florencia, el peregrino no preguntó por Dante ni por Miguel Angel. Rancé recibió honores de la duquesa de Toscana. En fin, entró en la ciudad de los santos apóstoles. ¡Oh Roma! ¡aun vuelves á aparecer! ¿Será esta tu última aparicion? ¡Ay de la edad para la cual la naturaleza ha perdido sus felicidades! Países encantados donde nada le espera á uno, son áridos: ¿qué amables sombras veré en el porvenir? ¡Ninguna! Solo las nubes que pasan sobre una cabeza cana.

Rancé llegó el 16 de noviembre de 1664, seis semanas despues que el abad del Cister, que acudia para oponerse á la Estrecha Observancia, y el 2 de diciembre del mismo año fue llamado á la audiencia del papa en Monte-Cavallo. El papa le acogió con estas palabras:

*Adventus vester nos solum gratus est nobis, sed expectavimus eum.*

«No solo nos es agradable vuestra venida, mas la esperábamos.»

Su Santidad recibió con respeto cartas de la reina Madre, de Mademoiselle, del príncipe de Conty y de madama de Longueville, cuyas firmas contrastaban con las virtudes actuales de Rancé: en Roma no se tomaban en cuenta las costumbres, sino las clases. En su arenga latina, Rancé dijo al papa Alejandro VII: «Santísimo Padre, dejando los monasterios adonde nos han obligado á retirarnos nuestros pecados, venimos á escuchar á vuestra Santidad como al oráculo por el cual se digna el Señor hacernos conocer su voluntad.»

No tranquilizó bastante esta sumisión al papa para que no se creyese Rancé obligado á explicarse: «Los padres de la Trapa, dijo, no habían pensado en sustraerse á la jurisdicción eclesiástica para ir á someterse á la de los tribunales seculares;» punto delicado, por el cual supo Rancé determinar luego en su favor las decisiones de Luis XIV. Resolvióse que Su Santidad cometeria el exámen de la Estrecha Observancia al juicio de una congregación de cardenales. Rancé se retiró satisfecho, y escribió estas palabras, cayendo en la ilusión que se experimenta en el Vaticano: «Dos horas y media pasé al lado de Su Santidad, pues estuvo bondadísimo conmigo.»

Rancé fué á ver al padre Bona, que luego que llegó á ser cardenal, le conservó su amistad. Nombró el papa comisarios para examinar el caso. El furor de ser pobre y de desaparecer de la sociedad, parecía en Roma una locura declarada. Rancé recibió aviso de que no obtendría lo que deseaba, y que el comer ó no comer carne, era cosa diferente para la gloria de Dios. A principios del año de 1665, supo Rancé que las decisiones de los cardenales no le serían favorables, y que algunas cartas llegadas de Francia le perjudicaban: presentóse en el Vaticano donde se bendijo á la ciudad y al mundo, y en donde él no fue bendecido.

El negocio porque había ido Rancé á Roma, no obtenía favor; vivir como un mendigo desagradaba á la púrpura romana. Por otra parte, las órdenes monásticas de la Comun Observancia rehusaban enmendarse; se trataba á los reformadores de hombres singulares, propensos al cisma; la Regla Estrecha no halló entre las grandes congregaciones de Roma mas eco que la voz de unos frailes desconocidos de un valle del Perche. En vano protegió á Rancé Ana de Austria; la perspicacia italiana veía que la madre de Luis XIV, declinaba hácia la sepultura, y en Roma la sepultura aunque sea soberana, no tiene ningun crédito. Entonces Rancé, viendo su causa perdida, se puso en camino para la Trapa. Apenas salió de Roma, su empresa se calificó de furia francesa.

Noticioso el abad de Prieres de la llegada de Rancé, le escribió el 24 de febrero de 1665 que volviese á Italia, y Rancé, aunque persuadido de la inutilidad de este segundo viaje, obedeció. Un desconocido quiso hacerle aceptar una bolsa en que había cuarenta luises; pero él no quiso tomar mas que catorce.

El Apenino volvió á ver en sus cumbres á aquel viajero que no escribía ni llevaba diario de sus acciones. Luego llegó al Vaticano y recorrió inútilmente la escalera principal desierta, hollada por tantas pisadas borradas, y de donde tantas veces habían bajado los destinos del mundo. Dirigió una súplica á los cardenales, entre los cuales hubo uno que se enfureció; las reclamaciones de la indigencia le indignaban. El abad de Rancé respondió: «No es la pasión, eminentísimo señor, no es la pasión la que me hace hablar, sino la justicia.»

«Aquel grande hombre, dice Pedro Lenain, trataba los asuntos como los tratan los ángeles con la

paz de su corazón y una perfecta sumisión á las órdenes del cielo.»

Cuando Rancé fué á Roma en 1664, y cuando volvió en abril de 1665, Alejandro VII, Fabio Chigi, ocupaba la tiara. En este segundo viaje, el cardenal de Retz, coadjutor, recibió bien á su amigo el convertido, y le ostigó á aceptar hospedaje en su casa; pero Rancé no sacó ningun fruto de su ayuda, salvo algunas audiencias inútiles que le hizo obtener del papa.

La grandeza de las campiñas romanas no hizo impresión en el alma de Rancé, pues aun no habían nacido estas especies de ideas: sin embargo, San Francisco había cantado la hermosura de la creación, nacida de la bondad de Dios. Muchas imágenes dignas de la melancolía había en aquel suelo poblado de grandes memorias; Rancé hubiera podido caminar con los últimos pasos del día por la cima del Soracte; desde lo alto del monte Mario, hubiera visto las playas de Civita-Vecchia; en Ostia hubiera hallado la arena deleznable. Lord Byron designó su sepultura en las riberas del Adriático. Pero nada agradaba á Rancé, cuyo corazón estaba mas triste que su pensamiento.

Sin embargo, si no se hubiera embebido demasiado en la dolorosa meditación de sus culpas, en Roma misma hubiera hallado con qué contentar su fervor. Donde quiera se le presentaban á la vista oratorios en terrenos abandonados y ruidosos, sembrados de flores en aquellos asilos de que ha hecho la siguiente pintura el P. Lacordaire:

«Al son de una campana se abrian con una especie de dulzura y de respeto todas las puertas del claustro: ancianos encanecidos y serenos, hombres de una precoz madurez, mancebos en quienes la penitencia y la juventud dejaban un matiz de hermosura desconocida del mundo, todos los tiempos de la vida aparecian juntos bajo una misma vestidura. La celda de los cenovitas era pobre, bastante capaz para contener un jergon, una mesa y dos sillan; un crucifijo y algunas piadosas imágenes formaban todo su ornato. Desde esta tumba, que habitaba durante sus años mortales, pasaba el religioso á la sepultura que precede á la inmortalidad, y ni aun allí se separaba de sus hermanos vivos y muertos. Tendíanlo vestido con sus hábitos bajo el pavimento del coro, y su polvo se mezclaba al polvo de sus abuelos, mientras que las alabanzas del Señor cantadas por sus contemporáneos y sus descendientes del claustro, hacian palpitar todavía lo que quedaba de sensible en sus reliquias. ¡Oh amables y santas casas! Augustos palacios se han construido sobre la tierra; sublimes sepulturas se han ferigido, moradas casi divinas se han consagrado á Dios; pero jamás el arte y el corazón del hombre han ido mas allá que en la creación del monasterio.»

Disgustado así en sus negociaciones como en sus sentimientos, Rancé se encerró en su vida. Asistió á un criado que estuvo á la muerte: inflexible para sí mismo, doblegaba su vida para los otros. No bebía mas que agua, no comía mas que pan; su gasto diario no pasaba de seis óbolos, precio de un par de palomas; pero se abstenía de esas dulces aves que cuestan tan baratas. No pudiendo abogar por Dios cerca de los hombres, procuraba abogar por los hombres cerca de Dios. «No quería ver dice Maupeon, ni los antiguos monasterios, ni los antiguos monumentos de la magnificencia romana, circos, teatros, arcos triunfales, trofeos, pórticos, columnas, pirámides, estatuas y palacios, imitando en esto al célebre Amonio que, acompañando á Atanasio por Roma, no quiso ver en ella mas que el famoso templo dedicado á los apóstoles S. Pedro y S. Pablo. Rancé frecuentaba las iglesias, y pasaba horas rezando en aquellos habitáculos olvidados sobre tantas colinas célebres.»

La penitencia salida de Roma andaba errante por las cercanías; pobre *piferario* de los Abruzos, hacia oír el son de su zampona delante de una imagen de Maria. A veces Rancé se internaba solo por el laberinto de las sepulturas, basamento de la ciudad viva. Acaso no hay nada mas considerable en la historia de los cristianos que Rancé orando á la luz de las estrellas, apoyado en los acueductos de los Césares, á la puerta de las catacumbas: el agua se derrumbaba con estruendo por cima de las murallas de la ciudad eterna mientras que la muerte entraba silenciosamente debajo por la tumba.

Bien habria querido Rancé pasar las fiestas de Navidad en un convento de su orden, pero desistió de esa idea cuando supo por un fraile viejo que no se leia durante la comida ninguna obra piadosa, y que se jugaba á los naipes despues de cenar. Confinado en su casa escribía: «Aquí paso mi vida en un desaliento y en una miseria que no acierto á expresar. Roma me es tan insoportable como me lo era en otro tiempo la corte. Nada os diré de las curiosidades de Roma, porque no la veo ni me siento con ningun deseo de verla. Mi único consuelo es el que encuentro en las sepulturas de los príncipes, de los apóstoles y de los santos mártires, á donde me retiro lo mas frecuentemente que puedo.»

Viendo, en fin, frustrados todos sus afanes, pensó Rancé en volverse, llevando consigo algunas reliquias que le habia dado el obispo de Porfiria, sacristan de Alejandro VII. San Bernardo se volvió jóven todavía á su convento con un diente de San Cesáreo. Antes de dejar á Roma, Rancé obtuvo del Papa licencia para retirarse á la Gran Cartuja: esta licencia existe todavía, y es como el breve de un sueño. Rancé no ejecutó todo el bien que habia soñado; en compensación de las buenas intenciones perdidas, se ven en los *Olim* intenciones de culpas que nunca cometió. El espíritu del reformador andaba errante por donde quiera que no habia hombres; no se separaba mas que á la orilla de un prado, ó junto á la hoguera de un pastor.

Luego que bajó de Italia, Rancé visitó en el valle de Absinto, el polvo del gran abad de Claraval, si es que se encierra allí aquel polvo. Allí quiso quedarse, pero no se lo consintieron. El abad de Prieres habia puesto á Rancé bajo la dirección del abad del Vall-Richer, á quien llamaban en el siglo, Domingo Jorge: los héroes de Homero tenían nombres vulgares para los pueblos.

No se vió, pues, á Rancé suspendido en los abismos de San Bruno, ó unido á la tumba de San Bernardo; esto hubiera sido mas brillante para el poeta, menos grande para el santo. Dios, que tenia sus designios, llamó á Rancé á la Trapa á fin de establecer en ella la Esparta cristiana.

Rancé obtuvo del santo padre una audiencia de despedida. Provisto de una bendición, partió en el mes de abril, acompañado de la sentencia del pontífice, que condenaba la Estrecha Observancia. Lo mismo ha sucedido en nuestros dias al autor de la *Indiferencia en materia de religion*: halagado á su salida del Vaticano, partió seguido del rescripto que lo expulsaba del gremio de la Iglesia. Pero el abate de La Meneais, rechazado por la reforma, ha perseverado en creer que al fin se efectuará: está persuadido de que saldrá una voz, no se sabe de dónde; el Espíritu de santidad, de amor, de verdad, llenará de nuevo la tierra degenerada.

Esto piensa el inmortal compatriota, cuya separación en la última ribera lloraria con amargas lágrimas. Rancé, que se apoyaba en Dios, consumió su obra; el abate de La Meneais se ha inclinado sobre el hombre: ¿saldrá triunfante? El hombre es frágil, y el génio abruma: la caña, al quebrantarse, puede horadar la mano del que la tomó para apoyo.

Aquí comienza la nueva vida de Rancé, aquí rompe con su juventud, la ahuyenta y no la vuelve á ver. Hemos considerado á Rancé en sus extravíos, vamos á verlo ahora en sus austeridades: la penitencia era su retaguardia; poníase á su cabeza, daba frente, y embestia con ella al mundo. Parecía en su exterior, dicen los historiadores, una magestad que no puede proceder mas que del Dios de Magestad. Aquellos á quienes su conciencia remordía de alguna cosa, no se atrevían á ir á verle, persuadidos de que conocía divinamente lo que ellos mas ocultaban. «¡Quién me odará, exclamaba, las alas de la paloma para huir de la compañía de los hombres!» En mis tiempos de poesía, yo tambien puse estas palabras de la Escritura en un canto de mujer (1). El himno de Rancé termina con estas palabras: «Las criaturas me siguen á todas partes; me importunan, y por mis ojos entran en mi espíritu y llevan á él consigo la inquietud. Cerremos los ojos, oh alma mia, y apartémonos tanto de todas estas cosas, que no podamos verlas ni servirnos de ellas.»

Despues de estas exaltaciones, se sorprendia al fraile con los ojos levantados al cielo: entonces era inmenso; se engrandecía con toda la gloria eterna. Hay cuadros que representan á San Francisco en las orillas del mar enfrente de una multitud de angelitos reunidos en las peladas ramas de unos árboles.

El 20 de mayo de 1666 vió de nuevo á Rancé en los oscuros caminos del Perche. No eran aquellos los restos de la Via Apia, ni de la Via Claudia: Rancé no traía ningun recuerdo de Roma, donde se han formado tantas pasiones, de donde no han querido volver tantos hombres. Los Troyanos se quedaron en Alba con sus dioses. Ni siquiera habia cogido Rancé para unir las flores de la primavera que empezaba á renacer en la Trapa, aquellas tuberosas morales que crecen en el desmoronado cerco de Roma, donde los vientos mantienen en continua oscilación sus móviles cálices.

Habíanse suscitado disensiones entre el prior y el subprior; el primero habia llenado las celdas de muebles inútiles, habia disminuido el trabajo manual, se habian alterado las prácticas piadosas; el vino y el pescado aparecian de nuevo en las mesas. Rancé, noticioso en Roma de estas infracciones, se apresuró á escribir á la Trapa: «Sabeis que las acciones muertas no pueden agradar al Dios de la vida. Guardad silencio tanto con vosotros mismos como con los demás; que vuestra soledad exista tanto en el espíritu y en el corazón como en el retiro exterior de vuestras personas; que vuestros cuerpos salgan de sus camas como de sus sepulturas: mientras os estoy escribiendo se desliza el tiempo.»

Los recuerdos de Horacio no cesaban de vivir en la opulenta memoria de Rancé:

*Dum loquimur, fugerit in vita otas.*

Rancé restableció la paz en su monasterio separando algunos jefes: luego asistió á capítulo general de su Orden, que se reunió en el año 1667, y en que debia recibirse un breve del papa de 1666, breve que Rancé habia conocido en Roma. Varios abades, con el del Cister á la cabeza, lo aceptaron; pero Rancé tomó la palabra diciendo que, aunque jóven, tenia derecho á opinar como antiguo doctor, y se estuvo que el papa Alejandro VII no habia visto ni conocido aquel breve: además, pidió que con tase su protesta que apoyaron otros cuatro abades. El del Cister, vista la entereza de Rancé; conociendo que tenia razón, y deseando la paz, lo nombró visitador de las provincias de Normandía, de Bretaña y de Anjou, comisión que no aceptó Rancé, pero por último el capítulo lo

(1) Címodotea.

aceptó el breve de Roma que suprimía el vicario general de la reforma de Francia y prohibía las asambleas que habían autorizado los decretos del Parlamento y del Consejo. Rancé, medio vencido, regresó a su monasterio.

Si los trabajos espirituales se habían interrumpido en la Trapa, no sucedía lo mismo con las construcciones materiales: los mismos monges eran arquitectos y albañiles. Veíase á los legos suspendidos de lo alto del campanario, bamboleados por los vientos, y tranquilizados por su jefe: el que colocó el gallo encima del edificio, fue antes de hacerlo á prosternarse á los pies de Rancé: la religión cogió al hermano por el brazo, y así subió con firmeza. Los trabajadores se arrodillaban en sus cuerdas cuando daba la hora de la oración. Rancé enriqueció el convento con muchas celdas, hizo construir una sala para recibir á los extranjeros, como también dos capillas, una en honor de San Juan Climaco, y otra dedicada á Santa María Egipciaca. Depositó en el altar de la iglesia las reliquias que había traído de Roma y á que luego se añadieron algunas otras. En la iglesia reemplazó, é hizo mal, con un hermoso grupo, á la Virgen de escaso precio que, en la cima de los Alpes, serena los sitios batidos por las tempestades. Rancé sacó al convento de la desolación humana, y lo acrisoló con la desolación cristiana. Aquellos sitios que los ingleses habían hecho resonar con el estruendo de sus armas, no repitieron ya más que el rumor de la sandalia.

No había mudado de sitio la abadía; estaba como en la época de su fundación en un valle: las colinas aglomeradas en derredor de ella la ocultaban al resto de la tierra. Allí reinaba el silencio y si algún rumor se oía, no era más que el susurro de los árboles ó los murmullos de algún arroyo; murmullos débiles ó sonoros según la lentitud ó rapidez del viento: no estaba uno muy seguro de no haber oído el mar. Solo en el Escorial he encontrado semejante funeral silencio: las obras maestras de Rafael se miraban mudas en las antiguas sacristías: apenas se oía la voz de una mujer extranjera que pasaba.

De vuelta de su reino de las expiaciones, Rancé redactó constituciones para aquel breve mundo, adecuadas á los que lloran. En el discurso que precede á estas constituciones se lee: (1) «La abadía está situada en un valle muy solitario; quien quiera habitarla, no debe traer á ella más que su alma; aquí nada tiene que hacer la carne.

Se le figura á uno leer en ellas algún fragmento de las *Doce Tablas*, ó la consigna de un campamento de las cuarenta y dos divisiones israelitas. Veamos estas prescripciones.

«Los hermanos se levantarán á las dos para ir á maitines; el espacio entre las campanadas será muy breve, á fin de quitar la ocasión á la pereza. Observarán la mayor modestia en la iglesia, y harán todos juntos las inclinaciones de cuerpo y las genuflexiones; estarán descubiertos desde el principio de maitines hasta el primer salmo.»

Nunca volverán la cabeza hacia el dormitorio, y andarán con gravedad: nunca entrarán en las celdas unos de otros: dormirán sobre un jergón, la almohada será de paja, y la cama una simple tarima. «En la oscuridad de sus celdas, dice Carlos Nodier en sus *Meditaciones del claustro*, escondió Rancé su arrepentimiento, y aquel elevado ingenio que adivinó á los nueve años las bellezas de Anacreonte, abrazó, en la edad del placer, austeridades que asombran nuestra debilidad.»

El refectorio exigía sumo aseo; los hermanos debían tener siempre los ojos bajos, pero sin inclinarse demasiado sobre lo que comían. Luego se hacen sobre

el uso del cuchillo y el tenedor, recomendaciones que parecen escritas para niños: el anciano delante de Dios ha vuelto á la inocencia de los días infantiles.

Apenas la campana anunciaba la hora del trabajo, todos los religiosos y novicios debían acudir al locutorio, y salir de allí para el trabajo señalado con gran compostura y recogimiento interior, considerándolo como la primera pena del pecado.

En las horas de recreo no se hablará de las novedades del día. En las grandes salidas, se podrá ir en silencio con un libro á un sitio del bosque, no frecuentado por los seglares: dos veces por semana se reunirá el capítulo llamado de culpas: antes de acusarse se prosternarán todos juntos, y cuando diga el superior, *quid dicite?* cada cual responderá en voz bastante baja, *culpas meas*.

En la enfermería, el enfermo no se quejará nunca: nunca debe tener ante los ojos más que la imagen de la muerte, ni temer nada tanto como vivir.

A estas constituciones añade Rancé algunos reglamentos que empiezan con este prólogo: «No cumpliría lo que debo á Dios, lo que os debo á vosotros, hermanos míos, ni lo que me debo á mí mismo, si desatendiese en mi conducta algo de lo que puede hacerlos dignos de la eternidad.»

Luego empiezan las instrucciones generales.

«Nunca un hermano se quedará solo en ningún sitio oscuro, dice Rancé.» Y sin embargo, sin advertirlo, ponía al hombre solo delante de sus pasiones.

Las observancias en lo tocante á los extranjeros, son sumamente tiernas: en cada pieza del local destinado á los huéspedes, se veían advertencias escritas. Si moría algún pariente cercano, como el padre ó la madre de algún religioso, el abad lo recomendaba al Capítulo sin decir su nombre, de suerte que cada cual se interesaba por el finado como por su propio padre, sin que la noticia causase dolor, ni inquietud, ni distracción al hermano que había experimentado la pérdida. La familia natural quedaba destruida, y á ella se sustituía una familia de Dios. Cada religioso lloraba á su padre cuantas veces lloraba al padre desconocido de un compañero de penitencia.

Establecieron usos para tocar la campana según las horas del día y los diferentes rezos. Hay reglas para el canto: en los salmos se debe ir aprisa hasta la *genuflexión*; el *Magnificat* debe entonarse con más gravedad que los salmos: aunque no se exige ninguna pausa en el discurso de un responso, debe hacerse una en el *Salve Regina*: aquí es preciso que haya un momento de silencio en todo el coro.

A estos reglamentos confió Rancé la ejecución de sus dos grandes proyectos: oración y silencio. La oración no se suspendía más que para trabajar. Los hermanos se levantaban por la noche para implorar al que no duerme: Rancé quería que el alma y el cuerpo estuviesen igualmente ocupados.

Cuando notaba el abad que alguno de sus religiosos padecía dolores que no se manifestaban con ningún síntoma aparente, le consagraba una particular atención. No procedía por medio de milagros; no hacía oír á los sordos ni ver á los ciegos; pero aliviaba las enfermedades del alma y asombraba los ánimos, calmando las tempestades invisibles. Variando sus instrucciones con arreglo al carácter de cada cenovita, Rancé ponía todo su conato en derramar en ellos el atractivo del cielo. Una palabra de su boca les devolvía la paz del alma. Algunos solitarios que nunca le habían conocido, hallaron posteriormente en su sepultura la curación de sus penas; la bendición del cielo continuaba en su tumba: Dios guarda los huesos de sus servidores.

La hospitalidad cambió de naturaleza, haciéndose puramente evangélica; ya no se preguntó á los extranjeros quiénes eran ni de donde venían, entraban

desconocidos en la hospedería, y de ella salían desconocidos, bastándole ser hombres; la igualdad primitiva volvía á prevalecer. El monge ayunaba, mientras el huésped estaba provisto de todo lo necesario; entre ellos no había de común, más que el silencio. Rancé mantenía por semana hasta 4,500 necesitados, y estaba persuadido de que sus monges no tenían derecho á las rentas del convento sino en calidad de pobres. Asistía á varios enfermos vergonzantes y eclesiásticos indigentes: había establecido casas de trabajo y escuelas en Mortagne: los males á que exponía á sus monges, no le parecían más que padecimientos naturales que llamaba la *penitencia de todos los hombres*. Tan profunda fue la reforma, que el valle consagrado al arrepentimiento llegó á ser una tierra de olvido.

De esta educación resultaron efectos que solo se advierten en la historia de los Padres del desierto. Un hombre que andaba extraviado, oyó una campana hacia las ocho de la noche; marcha en aquella dirección, y llega á la Trapa. Era de noche, diósele la hospitalidad con la caridad acostumbrada, pero no se le dijo una palabra. Aquel extranjero, como en un castillo encantado, se veía servido por espíritus mudos de quienes solo se creía oír las misteriosas evoluciones.

Al ir al refectorio, los religiosos seguían á los que iban adelante sin cuidarse de á donde iban: lo mismo sucedía para el trabajo: no veían más que las pisadas de los que los precedían: uno de ellos, durante el año de su noviciado, no levantó ni una vez sola los ojos del suelo: no conocía ni aun el techo de su celda. Otro religioso estuvo tres ó cuatro meses sin ver á su propio hermano, aunque continuamente lo tenía al lado.

No se limitaron estos grandes efectos al interior del convento, antes bien se extendieron por todas partes. Mas adelante, cuando se destruyó la Trapa, se vieron renacer otros mil como plantas, cuya semilla ha dispersado el viento en lo alto de las ruinas. Yo he citado en las notas del *Genio del Cristianismo*, las cartas de M. Clausel, que de soldado de Condé pasó á España á encerrarse en la Trapa de Santa Susana: véase lo que escribía á su hermano: «Llegué un día, en una campiña solitaria, á una puerta, único resto de una gran ciudad. Seguramente había habido en esta ciudad partidos, y sin embargo, hace siglos que sus cenizas se levantan confundidas en el mismo torbellino. He visto también á Murviedro, la antigua Sagunto, y no he pensado más que en la eternidad. ¿Qué me importará esto de aquí á veinte ó treinta años? Ah, hermano mío! plegue á Dios que tengamos la dicha de entrar en el cielo! Si me queda algún cuidado, deseo que se haga construir una capilla dedicada á Nuestra Señora de los Dolores, en el solar de la casa paterna... Dáte prisa á hacer levantar cruces para consuelo de los viajeros con asientos y una inscripción como en Baviera: *Vosotros que estais cansados, descansad*. Mañana tendré la dicha de pronunciar mis votos: á ellos añadiré una cruz cual suele ponerse sobre las sepulturas de los muertos.»

Cuando se destruyó la Trapa, un portador del sayal de Rancé pidió asilo al cantón de Friburgo. Los frailes dejaron su monasterio: cada religioso llevaba en el morral su hábito y un pedazo de pan. Detúvose la colonia en Saint-Cyr, donde fue recibida por la moribunda hospitalidad de los Lazaristas, y pronto tuvo que alejarse; el voto de silencio y de pobreza parecía una conspiración á los que causaban tan horribles alborotos. En París, los cartujos, prontos á separarse, recibieron á los trapenses: los claustros de San Bruno ejercieron su último acto de caridad. La soledad ambulante prosiguió su camino. La vista de una iglesia lejana que encontraban al paso los hermanos, los reanimaba; bendecían la casa del Señor, recitando salmos, como se oye entre las nubes á una bandada de cisnes silvestres saludar al paso las praderas de la Florida. En la frontera, el carro que llevaba á los

desterrados al cielo, fue mirado con compasión por nuestros soldados que no registraron á aquellos mendigos. Al entrar en suelo extranjero, los desterrados se dieron el óculo de caridad en un bosque. A una legua de la antigua abadía del Valle Santo, cortaron una rama de un árbol, hicieron con ella una cruz y recibieron al cura de Cerniat que salía á su encuentro.

En el Valle Santo, ruina de un monasterio abandonado, apenas hallaron donde ponerse al abrigo. En una época en que las armas, las desgracias y los crímenes metían tanto estruendo, la fama de los solitarios se extendió por fuera: los reyes huían y no atraían á nadie en su seguimiento, y de todas partes se acudía para a'istarse en el número de los frailes refugiados. El Valle Santo, lleno de neófitos, tuvo que enviar colonias á otras partes, como esparce en derredor una colmena sus enjambres; pero la revolución, que andaba más aprisa que la religión fugitiva, alcanzó á los trapenses en su nuevo retiro: precisados á abandonar el Valle Santo, arrojados de reino en reino por el torrente que los peseguía, llegaron hasta Butschirad, donde yo he encontrado á otro proscripto: en fin, llegando á faltarles el suelo, pasaron á América. Grande espectáculo era en verdad ver al mundo y á la soledad huyendo á un tiempo delante de Bonaparte. El conquistador, tranquilizado por sus victorias, conoció la necesidad de las casas religiosas: «Allí decía, podrán refugiarse aquellos á quienes el mundo no conviene, ó que no convienen al mundo.»

El P. Gustin, trapense fugitivo, rescató las ruinas de la Trapa, con limosnas; no quedaban ya del monasterio más que la botica, el molino y algunas granjas. En las cercanías de Bayeux, las religiosas trapenses, arrojadas del bosque de Senart, se establecieron bajo la dirección de mi prima madama de Chateaubriand. Los hijos de Rancé no hallaron al volver á la soledad de su padre más que paredes cubiertas de hiedra, y escombros atestados de matorrales; pero tal fue desde su origen el vigor del árbol que plantó Rancé, que todavía continúa viviendo, y dará sombra á los pobres cuando no haya ya sombra de troncos en la tierra. Yo he visto en la Trapa un olmo del tiempo de Rancé: los religiosos tienen gran cuidado de esta antigua reliquia que indica las cenizas paternales mejor que la estatua de Carlos II la inmolación de Carlos I.

Los monges cuya historia acabo de bosquejar, habían sido los hijos de Rancé. Cuando este llegó á la Trapa, uno de sus primeros cuidados fue hacer derribar un palomar, celdas de palomas, que se hallaba colocado en medio del patio, ya porque quisiese abolir hasta el recuerdo de los tiempos de una abstinencia menos rigurosa, ya porque temiese á aquellas aves que la fábula ponía entre sus más bellos ornatos, y cuyas alas llevaban mensajes por las riberas del Oriente. Un trapense se confesaba de haber mirado un nido: ¿se acusaba de haber pensado en un nido ó en unas alas? A pesar de ser el jefe, Rancé no se dispensó ninguna de las preferencias de sus antecesores; se contentaba con la comida común; privado como sus monges del uso de la ropa blanca, predicaba y confesaba á sus hermanos; sus únicas distracciones, eran las palabras que recogía en el lecho de ceniza. Agravaba más bien que mitigaba sus penitencias: en sus discursos no hablaba más que de la escala de San Juan Climaco, de las Ascéticas de San Basilio, y de las Conferencias de Casiano.

Los cinco ó seis primeros años del retiro de Rancé pasaron oscuramente: los jornaleros trabajaban subterráneamente en los cimientos del edificio. Rancé recibía sin distinción á cuantos religiosos se presentaban. El primero que acudió fue en 1667, fray Rigobert, monge de Claraval; luego fray Jaques y el P. Lessnain. Estas recepciones empezaron á hacer enemigos á Rancé. Todo esto nos parece muy superficial á noso-

(1) Constituciones de la abadía de la Trapa. París 1674.

tros que no damos importancia mas que á las miserias de nuestra vida; pero entonces eran negocios muy graves. Roma tomaba parte en ellos, y lo mismo el gran consejo del rey. Precisado á entrar en aquellas transacciones generales, Rancé tenia que tomar parte en los accidentes domésticos: administraba sus primeros solitarios, que al principio se morian casi todos. Hallándose fray Plácido tendido en su último lecho, Rancé le preguntó á dónde queria ir: «Al encuentro de los bienaventurados» respondió.

Administrado fray Bernardo, no bien hubo recibido el cuerpo de Nuestro Señor, sintió una vehemente necesidad de escupir, contúvose, y murió ahogado por el pan de los ángeles.

Claudio Cordon, doctor de la Sorbona, recibió el llegar á la abadía el nombre de Arsenio, nombre que ha legado á ser famoso en las nuevas leyendas. Arsenio, despues de su muerte, se apareció en una gloria al trapense Pablo Ferrand y le dijo: «¡Si supiérais lo que es conversar con los Santos!» y desapareció.

La abadía de Dorval quiso reformarse, y para este objeto convino el abad en tener una entrevista con Rancé, que al instante se puso en camino, y encontró á aquel en Chatillon, triste lugar donde no se realizan las esperanzas. De allí pasó á Commercy, donde volvió á ver al cardenal de Retz, á quien apartó de la aparente idea que tenia de retirarse á la Trapa. M. Dumont, autor de la historia de la ciudad de Commercy, ha tenido la bondad de enviarme una carta de Rancé al cardenal de Retz. «Si vuestra eminencia, dice el abad de la Trapa, creyese que en el mundo hay alguna persona de quien se ocupe mi corazon mas que en ella, no me haria justicia.» Véase á donde puede conducir la misma piedad la deferencia á las categorías. Despues de su salida, Rancé se dió prisa á replegarse y á retirarse del mundo á su patrulla. De vuelta de la Trapa, admitió á profesion á fray Pacomio: de quien se refiere que jamás abria un libro, pero que sobresalia en la humanidad. Encargado del cuidado de los pobres, nunca entraba en la despensa del pan sin descalzarse, como Moisés para entrar en la tierra de promision. Pacomio atrajo á sí á uno de sus hermanos, y ambos vivieron bajo el mismo techo sin darse la menor señal de haberse anteriormente conocido.

Rancé envió á Septfont un religioso que llegó á malearse. «Me he equivocado, escribia Rancé al visitador, y de ello haré penitencia toda mi vida.»

La mayor parte de los arrepentidos del siglo XVI y de principios del XVII, habian sido bandidos, desertores de los ejércitos: unos se retiraban á Port-Royal, y otros á la Trapa, todos á una soledad vengadora que debia devorarlos. Una sociedad tan llena de crímenes, se llenó de penitentes, como en tiempo de la Tebaida.

Desde la reforma hasta la muerte de Rancé, se cuentan ciento noventa y siete religiosos y cuarenta y un hermanos, entre los cuales hay muchos, cuyas vidas ha escrito Rancé, y que pueden figurar en las novelas del cielo. Véanse sus nombres en la *Historia de la Abadía de la Trapa*, excelente coleccion donde todo se halla referido con minuciosa exactitud: es obra que recomiendo con tanto mas empeño, cuanto he encontrado en ella algunas palabras de censura contra mí, que sin embargo no creia yo haber merecido...

La Trapa no era un lugar risueño; el terreno que la rodeaba ofrecia un aspecto lleno de desolacion, y la aspereza de sus costumbres parecia reproducirse en la aspereza del pais; pero la Trapa se conservó ortodoxa, y Port-Royal fue invadido por la libertad del entendimiento humano. El terrible Pascal con su espíritu geométrico, dudaba sin cesar, y no salió de su desgracia sino precipitándose en la fe. A pesar del silencio que guardaba la Trapa, se trato de destruirla, tal

era el terror que inspiraba al mundo. La habilidad de Rancé la libertó de su ruina: Port-Royal fue menos feliz.

Habiendo salido de París en la noche del 27 de octubre de 1709, d'Argenson sitió á Port-Royal de los Campos, con trescientos hombres, número excesivo en verdad para arrebatarse á veinte y dos religiosas ancianas y enfermas. Dispensáronlas por diferentes lugares, y alguna vez se rehusó la sepultura á aquellas ovejas apartadas del rebaño de la madre Angélica.

En fin, llegó la órden para la demolicion del convento el 25 de enero de 1710, diez años despues de la muerte de Rancé, órden que se ejecutó con furor, segun el testimonio de Duclos. Los cadáveres se desenterraban entre obscenas bromas, mientras que en la iglesia los perros se hartaban de carne descompuesta. La casa de M. de Sainte Marthe se convirtió en una granja; los ganados pacen en el solar de la iglesia de Port-Royal de los Campos. «La clemátida, la hiedra y los espinos, dice un viajero, crecen entre estas ruinas, y un sauce eleva su tronco en medio del recinto donde estuvo el coro: apenas interrumpen el silencio los arrullos de la paloma torcaz. Aquí Sacy venia á repetir á Dios la oracion que tomó de Fulgencio; allí Nicole excitó á Arnauld á dejar la pluma; en esta apartada alameda me verá Pascal que desenvuelve una nueva prueba de la divinidad del cristianismo; mas adelante, con Tillemont y Lancelot, se pasean Racine, La Bruyere y Boileau que han venido á visitar á sus amigos. ¡Ecos de estos desiertos, árboles antiguos, ojalá hubiérais podido conservar las pláticas de aquellos hombres célebres!»

¿Y cuál es el cristiano convencido, el genio poético que se dirige á estos ilustres desaparecidos como algun dia en Esparta llamé yo en vano á Leonidas? ¿Quién es? El antiguo obispo de Blois, el juez de Luis XVI.

Luis el Grande, habeis enseñado á vuestro pueblo las exhumaciones; acostumbrado á obedeceros, ha seguido vuestros ejemplos: en el instante mismo en que caia la cabeza de María Antonieta en la plaza de la Revolucion, el pueblo hace pedazos las sepulturas en San Dionisio: al borde de una sepultura abierta, Luis XIV, todo ennegrecido, á quien se reconocia por sus abultadas facciones, aguardaba su última destruccion; ¡represalias de la justicia eterna! «Decid, pueblo real de fantasmas (me cito á mí mismo, ya no soy mas que el tiempo) ¿querriais resucitar á precio de una corona? ¿Os tienta el trono todavia? Meneais las cabezas y os volveis á recostar lentamente en vuestras tumbas.»

Rancé habia trasportado consigo al desierto lo pasado, y á él atrajo el presente y el porvenir. El siglo de Luis XIV no desatendia ninguna grandeza; antes bien se asociaba á las victorias de un recluso como á las de un capitán. Las contiendas del jansenismo, las misticidades del quietismo, ocupaban á la ciudad y á la corte desde Bossuet y Fenelon, hasta las señoras de Maintenon y de Longueville; desde el cardenal de Noailles, hasta los mariscales amigos ó enemigos de Port-Royal; desde los adversarios del protestantismo hasta los herejes mas obstinados. Por Rancé, el siglo XIV entró en la soledad, y la soledad se estableció en el seno del mundo.

En estos primeros años del retiro de Rancé, poco se oyó hablar del monasterio; pero insensiblemente se extendió su fama. Advirtieron los hombres que venian perfumes de una tierra desconocida y volvieron el rostro para respirarlos hácia las regiones de aquella Arabia Feliz. Atraído por los efluvios celestes, el mundo siguió su corriente: la isla de Cuba se revela por el olor de la vainilla en las costas de las Floridas. «Estábamos, dice Leguat, en presencia de la isla de Eden: el aire estaba lleno de un delicioso olor que

venia de la isla, y se exhalaba de los naranjos y los limoneros» (1).

## LIBRO III.

Las calumnias publicadas contra el monasterio de la Trapa, por los libertinos que se burlaban de las austeridades, y por los envidiosos que sentian nacer otra inmortalidad para Rancé, empezaban á multiplicarse: incesantemente estaban sacando á plaza los primeros estravios de Rancé, y se obstinaban en no ver en su conversion otro móvil que la vanidad. Sus mayores amigos, como el abad de Prieres, visitador de la Orden, veian con terror las reformas de la Trapa; el último escribia á Rancé: «Tendreis muchos admiradores, pero pocos imitadores.»

Maubusson, abadía situada junto á Pontoise, fue edificada por la reina Blanca, cuya sepultura se veia aun en ella. Rancé escribió á la desanimada superiora de aquella abadía. Tambien escribia á otra mujer, porque todos los que sufrían consultaban á aquel sabio médico que habia ensayado los remedios en sí propio: «Si os asalta el tedio, pensad que Jesucristo os espera; toda vuestra carrera y su duracion no os parecerán mas que un vapor pasajero.»

El 7 de setiembre de 1672, presentó Rancé una solicitud al rey en favor de la reforma; en ella empieza por decir que los antiguos solitarios, cuyo nombre y hábito no merece llevar, no tuvieron dificultad en salir del fondo de sus desiertos por el servicio de Dios, y que á su ejemplo, creeria faltar al mas santo de sus deberes, callando; que desgraciadamente no va á hablar mas que para quejarse, y que el que le abria la boca no habia puesto en sus labios mas que palabras de dolor. Pasando de aquí á su argumento. habla de la Orden del Gister pronta á volver á caer en los peligros de que se ha escapado, por la falta de proteccion rehusada á la Estrecha Observancia establecida por Luis XIII. Mientras que los solitarios han vivido en la perfeccion; han sido considerados como ángeles tutelares de la monarquía; ellos han sostenido con el poder que tenian cerca de Dios, la fortuna del imperio: una santa religiosa vió en espíritu lo que pasaba en la jornada de Lepanto. «V. M. no estrañará, concluyó diciéndolo Rancé, que obligado por el deber de mi profesion á presentarme á cada instante al pie de los altares del rey del cielo, me llegue una vez en mi vida al trono del rey de la tierra.»

La corte de Roma se oponia á las reformas demasiado austeras de la Trapa, y Rancé anunciaba su habilidad despertando en el corazon de Luis XIV la pasion del poder.

En todos los rumores propagados, unos denunciaban á Rancé por su doctrina, sosteniendo que no era pura, otros le acusaban de hipocresia, y otros de introducir innovaciones en la Orden. El rey hácia fines de octubre de 1673, le concedió para juzgar la cuestion los comisarios que habia pedido, el arzobispo de París, el dean de Nuestra Señora y otros respetables sacerdotes.

Al mismo tiempo sus adversarios daban pasos en Roma contra él. «A un fraile, decia Rancé, no hay reputacion que le sea debida: no existe mas que para ser hombre de oprobio y de abyeccion.»

Estos sentimientos hostiles se popularizaban en versos que no tenian el mérito de los de nuestro gran cancionero, pero que ya indicaban la senda por donde debia llegar la Francia á una inmortalidad que á ella solo le pertenece.

Reunidos los comisarios nombrados por el gabinete, Rancé fue llamado á París en 1675. Todo lo habian arreglado ya conforme á las intenciones del Siervo de

(1) Viaje y aventuras de Francisco Leguat, página 4, tomo 1.º

Dios; pero un abad de la Comun Observancia, declaró que si se seguia el dictámen de los comisarios, los abades extranjeros no acudirian al Capítulo general del Cister, lo que bastó para que el rey se detuviese, pues un movimiento en el cerebro podia acarrear grandes trastornos. Luis XIV lo sabia y nadie igualaba en prudencia á aquel rey tan absoluto.

Rancé expurgó su biblioteca: respondió al obispo de Papiers y á M. Deslions que con ánimo de desalentarle, le decian que aun estaba lejos de las austeridades de los primeros cristianos: «verdad es que el pan de tur-a de que me hablais era muy de uso entre los frailes.»

En 1676, contrajo una enfermedad habitual de la que murió, pero que no le impidió trabajar. Despues de haber pasado tres meses en la enfermeria volvió á la comunidad: asi se deslizó su vida hasta el año de 1689 en que le sobrevino una recia calentura. Apenas le dejaba el mal algun respiro, volvía á sus ocupaciones seguidas de continuas recaídas: «La vida de un pecador como yo, es siempre demasiado dura», solia decir.»

Mademoiselle, cuya ardiente imaginacion estaba en todas partes, escribió á Rancé pidiéndole algunos religiosos: él respondió: «Estoy persuadido, señora, de que V. A. R. no duda del placer que tendria en poder nombrarle un religioso tal cual lo desea, pero he perdido de un año á esta parte ocho que se me ha llevado Dios. Otros están próximos á seguirlos; y aunque todavia somos muchos, no vivimos unos y otros mas que con la mira y el deseo de la muerte.»

En esta época murió un religioso que no tenia mas que veinte y tres años, y que en su atavío de difunto dijo á Rancé: «Grande alegría experimento al verme en el traje de mi partida;» y se sonreia cuando iba á morir, como los antiguos bárbaros. Se creia oír aquel pájaro sin nombre, que consuela al viajero en el valle de Cachemira.

Por entonces tambien acudieron á encerrarse ó á instruirse en la Trapa varias personas ilustres.

Bossuet, compañero de colegio de Rancé, y sitó á su condiscipulo y se levantó sobre la Trapa como el sol sobre una agreste selva. Ocho veces se trasportó á aquel nido el águila de Meaux. Estos diferentes vuelos se rozan con hechos cuya memoria se ha conservado.

En 1682, Luis XIV se estableció en Versalles. En 1685 Bossuet compuso en la Trapa la advertencia del catecismo de Meaux. En 1686 dió fin el orador á sus oraciones fúnebres, con la obra maestra que pronunció delante del ataúd del gran Condé. En 1696 se fue á Dios Sobieski, antiguo mosquetero de Luis el Grande. Sobieski entró en Viena por la brecha que habia abierto el cañon de los Turcos. Los Polacos salvaron á la Europa, que hoy deja exterminar á la Polonia. La historia no es mas agradecida que los hombres.

La Trapa era el sitio en que mas se complacia Bossuet; los hombres brillantes tienen inclinacion á los lugares oscuros. Familiarizado con el camino del Perche, Bossuet escribia á una religiosa enfermera: «Espero haceros una visita mas larga á mi vuelta de la Trapa,» —palabras que no tienen mas mérito que el de llevar al pie esta firma: Bossuet.

Dossuet hallaba un encanto particular en el modo como celebraban el oficio divino los compañeros de Rancé: «El canto de los Salmos, dice el abate Ledieu, único sonido que venia á turbar el silencio de aquella vasta soledad, las largas pausas de Completas, el dulce, tierno y penetrante acento del *Salve Regina* inspiraban al prelado un especie de melancolia religiosa.» En la Trapa me parecia en efecto, durante aquellos silencios, oír pasar el mundo con el soplo del viento: me acordaba de aquellas guarniciones perdi-